Semblanza de un Maestro:
Franz Wenger

*Luís Hurtado Gómez

DE "LA UNIDAD ESPIRITUAL DEL MUNDO":

No, solamente asistimos a una guerra, sí no que también al derrumbe de nuestra civilización, al aniquilamiento de ese ideal supremo que llamábamos la humanidad. Este último año que acaba de transcurrir, nos hizo retroceder siglos enteros. Millones de seres civilizados llevan hoy en Europa la existencia de nómades, de bárbaros, de trogloditas... Los hombres del siglo veinte se agolpan en cuevas en los refugios subterráneos, donde pasan noche tras noche, como sus antepasados más remotos, aterrorizados por las fieras salvajes. Y tienen razón, pues la ferocidad bestial ha vuelto al cabo de treinta siglos de civilización.

Stefan Zweig. Los Creadores" 1942.
Un profesor emigrado.

Como tantas víctimas de esa vorágine de odio que un pueblo auto denominado de raza superior desencadenó, con persecuciones y destrucción sistematizada de otros pueblos considerados de raza inferior, un joven médico formado en las universidades austríacas llegó junto con muy contados compañeros de infortunio, a la apacible ciudad, Capital de Bolivia, tendida en las faldas de sus dos eternos guardianes, El Sicoasica y el Churuquella.

Era el Dr. Franz Wenger, un médico judío dedicado al estudio de la Anatomía Patológica, esa fascinante rama que desde los tiempos de Morgagni, trataba de descifrar el misterio de la muerte buscando en la intimidad de órganos y tejidos la causa de la enfermedad cuando no de la misma muerte.
Consagró su labor al trabajo infatigable de organizar su servicio y de adentrarse en la investigación, quien sabe si como una compensación al sabor amargo del exilio obligado por la convicción de saber que muchos de los suyos no pudieron sustraerse a un injusto holocausto.

En los primeros años de la década de los 40, autoridades habían conferido a los hospitales universitarios el privilegio de hacer autopsia obligatoria a toda persona que falleciera en otros nosocomios, resolución que se adaptaba en forma ideal al espíritu laborioso de un patólogo ansioso de ampliar sus conocimientos todos los días Wenger y sus ayudantes practicaban autopsias en adultos y niños fallecidos.

Pero fue en sus funciones de profesor que destacó su extraordinaria capacidad de docente. Sus clases se desarrollaban en tardes de 14:30 a 16. En la primera media hora se hacía un trabajo de anfiteatro para mostrar al alumno en forma objetiva las lesiones que, en el cadáver o en órganos adecuadamente seleccionados, habían causado la enfermedad y la muerte. La explicación fisiopatológica objetiva permitía al alumno comprender con extraordinaria claridad la historia natural de las enfermedades de las enfermedades más frecuentes la tuberculosis que afectó a tanto joven campesino como secuelas de sus sufrimientos en la guerra del Chaco, era presentada a los alumnos como maestría al hacerle conocer, mediante la palpación, las características del módulo de Gohn, con la simple observación visual la adenopatía regional, la diseminación hematógena, el desarrollo de las formas postrimarias etc. El estudio se completaba con la observación al microscopio de las lesiones tisulares, para finalmente adentrarse en la teoría de la doctrina de la enfermedad, como entidad nosológica.

La claridad de exposición y sobre el tratar de hacer comprender al estudiante cómo actúa una noxia para llegar al día definitivo de los tejidos o del órgano, fue su inigualable método de enseñanza que dejó, seguramente, en el entendimiento de todos alumnos una claridad en el pensamiento y una apreciación objetiva de las muchas enfermedades que asechan ala salud del hombre.

En el campo de la investigación, fue quien describió las características del dolicoomegadigma del habitante de la altura a lo que sumado la tipo de alimentación de la etnia campesina de nuestro país, explicaba la frecuencia del vólvulo (cólico miseric, de la antigua nomenclatura) que afectaba a tanto paciente de ese estrato social. Sus Trabajos se publicaban tanto en la revista de la Facultad de Ciencias Médicas de Sucre como en otras del extranjero. Por su parte trataba de mantener su información bibliográfica siempre al día, a pesar de los problemas del servicio postal no siempre eficiente.

Exigente y enérgico como los demás, también lo era consigo mismo lo que se traducía en su costumbre, con la disciplina ejemplar, de practicar piano casi todas las noches con religiosidad infatigable, para el deleite de sus vecinos que gozaban de verdaderos recitales de piano, habida cuenta su condición de exímio pianista sin duda se la educación aristocratizante de la vieja Viena Imperial.

Buscando nuevos horizontes y a pesar de haber formado un hogar boliviano, dejó el país a fines de la década de los 40 para establecerse en Maracaibo, Venezuela.